

www.elboomeran.com

Luis Goytisolo

Naturaleza de la novela



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Las hilanderas» (detalle), Velázquez, h. 1657,
© Museo Nacional del Prado, Madrid (España)

Primera edición: mayo 2013

© Luis Goytisoló, 2013
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6354-3
Depósito Legal: B. 7777-2013

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

El día 3 de abril de 2013, el jurado compuesto por Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú y el editor Jorge Herralde, concedió el 41.º Premio Anagrama de Ensayo a *Naturaleza de la novela*, de Luis Goytisolo.

Resultó finalista *Librerías*, de Jorge Carrión.

*A Elvira, a Gonzalo y Fermín,
a los amigos en tiempos difíciles*

Siempre he tenido la impresión de que lo que hoy entendemos por novela, más que un género autónomo, de rasgos claramente definidos y de formación y desarrollo perfectamente delimitados en el tiempo, tiende a ser considerado un producto de aluvión, fruto residual de la evolución de una serie de géneros hoy desaparecidos, epopeya, cantares de gesta, leyendas, libros de caballerías, etc. Es decir: un género de contornos desdibujados, a diferencia, por ejemplo, de la poesía o el teatro, cuya mera mención evoca un concepto incuestionable.

Cierto es que la poesía del mundo clásico poco tiene que ver con la medieval o que Góngora tiene poco que ver con T. S. Eliot, pero por diversos que sean entre sí o afines a nosotros en mayor o menor grado esas formas de entender la poesía y esos poetas, su pertenencia a un mismo género no ofrece duda. Lo mismo puede decirse del teatro, por más que Shakespeare no suponga precisamente una continua-

ción de los trágicos griegos. En cambio, lo que en la antigüedad se denominaba *novela*, la novela alejandrina, la novela pastoril o el relato oral, esos cuentos que se transmitían de boca en boca, de país en país, de siglo en siglo, sometidos a inevitables mutaciones, no guarda relación alguna con lo que hoy entendemos por *novela*, un género desarrollado a partir de la Edad Moderna. La escasa relevancia de todos sus precedentes explicaría que, a diferencia de otras artes, la novela carezca de Musa.

Hasta cierto punto se trata de una cuestión de nombres. Lo que hoy entendemos por novela se fue forjando aquí y allá como cristalización de diversas formas de relato, hasta configurar un género nuevo, hará poco más de cuatrocientos años. Un caso parecido al de su coetáneo el *ensayo*, otro género nuevo, distinto de los escritos filosóficos o memorialísticos del mundo clásico.

Claro que, en principio, lo mismo podría decirse de lo que hoy entendemos por *poesía*, que en su acepción moderna precede tan sólo en unos cuantos años a la novela y al ensayo. Y lo cierto es que la única diferencia entre ambos casos estriba en que, mientras novela y ensayo suponen algo realmente nuevo, la poesía ha conservado su denominación como género con todo y haber cambiado sustancialmente tanto en su forma como en su contenido respecto a periodos anteriores. La idea que hoy tenemos de la expresión poética es la que, largamente

prefigurada por los provenzales, Dante y Petrarca, se inicia en torno al Renacimiento, para prolongarse hasta nuestros días; por muchas variantes que se hayan producido en ese transcurso, resulta evidente que estamos hablando de un mismo género, un género conceptual y formalmente distinto –salvo contadísimas excepciones– del propio de la antigüedad clásica o de la Edad Media.

Otro tanto podría decirse del teatro, pese al papel cohesionante del escenario, pues lo cierto es que ni por su intención ni por su significado es equiparable la tragedia griega, por ejemplo, a la obra de Calderón o de Bertolt Brecht.

En lo que concierne a la novela, a lo que en los últimos siglos se viene entendiendo por novela, habría que destacar ante todo que se trata de un relato en prosa impreso en forma de libro, cuyos diversos elementos constitutivos –argumento, personajes, estructura, estilo, etc.–, por mucho que varíen de una obra a otra, conforman un género distinto a cualquier tipo de manifestación narrativa existente con anterioridad.

Se trata de un género que por sus características no podía haber surgido sino en el Occidente europeo, en la medida en que es el fruto de la lenta y difícil conjunción a través de los siglos de las diversas modalidades literarias del mundo grecolatino por un lado y de una vida cotidiana impregnada de cristianismo por otro, lo que hacía de la Biblia, tanto del

Antiguo Testamento como de los Evangelios, un relato conocido por todos, el relato por antonomasia. Claro que una cosa es su omnipresencia como código de conducta y otra su valoración desde un punto de vista literario, algo que sólo podía ser debidamente apreciado si se prescindía de su carácter sagrado. Así pues, para que esto llegase a suceder, y para que simultáneamente se extendiera el conocimiento de una literatura hasta entonces considerada de carácter pagano, fue preciso que llegara el Renacimiento, que surgieran figuras como Erasmo, que las creencias religiosas entraran en crisis, relativizadas por los diversos movimientos de reformas y contrarreformas.

Por un lado, la secularización de los textos sagrados, traducidos en forma de libro a diversas lenguas vulgares, los convertía por primera vez en unos relatos valorables desde un punto de vista literario, con independencia de que se aceptase o no el que fueran fruto de la inspiración divina. Por otro, la difusión —gracias asimismo a la imprenta— de los clásicos grecolatinos facilitó la formación de un público erudito que, con todo y ser reducido, sirviera de base a la formación de unos planteamientos estéticos y conceptuales mucho más ricos que los propios de la literatura medieval. Tres factores —secularización de los textos bíblicos, invención de la imprenta y recuperación de la cultura grecolatina— sin los cuales no hubiera sido posible la aparición y expansión de ese nuevo género llamado novela.

Como podemos ver, se trata de factores ajenos a la evolución interna de los géneros literarios, a lo que desde siempre ha centrado la atención de las más destacadas investigaciones filológicas. Pero el caso es que la evolución interna de los géneros literarios raramente puede ser desvinculada del entorno social en que se produce, de un público nuevo que, en cierto modo, parece estar esperándola. Cambios como el de dejar a un lado la distinción, vigente tanto en la Edad Media como en la antigüedad clásica, entre estilo elevado, medio y chabacano. Una condición indispensable para que acabe por surgir un género narrativo de las características de la novela.

La difusión de los textos bíblicos en lengua vulgar y en forma de libro, un libro susceptible de ser leído en privado, puso de relieve un rasgo de los Evangelios que sería inútil buscar tanto en la literatura medieval como en la propia del mundo clásico: la sensación de *proximidad* que experimenta el lector ante los hechos relatados, lo familiar que le resulta el comportamiento de sus protagonistas. Una proximidad que es consecuencia de la educación recibida por ese lector, así como de los principios que rigen su vida cotidiana; una proximidad extensiva, por las mismas razones, a los diversos libros que integran el Antiguo Testamento, pese a que, objetivamente, su contenido acostumbre a resultar no menos mítico que –por ejemplo– el de la épica grecolatina.

Gracias a esa *familiaridad* respecto a lo relatado, inculcada al lector desde la infancia, el relato evangélico es algo más que una serie de hechos reseñados a modo de informe o crónica de lo que acontece a unos personajes y de lo que estos personajes hacen y dicen. Su lectura se ofrece más bien como la de un relato de tono cotidiano protagonizado por personas que *viven* esos acontecimientos, que parecen respirar el aire de la escena en que tales acontecimientos se desarrollan, algo que, según es transmitido al lector, hace que también éste lo viva y lo respire. Un hecho que, al margen de sus creencias, afecta no sólo al lector sino al conjunto de la sociedad, de una sociedad educada de acuerdo con unos principios y unas normas que asumirá más o menos, pero que en cualquier caso representan la regla de conducta establecida. Algo que cuando el lector de época encuentra asimismo no en el relato evangélico sino en la peripecia desarrollada a lo largo de las páginas de una obra perteneciente a ese género nuevo llamado *novela*, le hará experimentar una sensación semejante: la de entender y ser entendido. Algo que asimismo explica el rápido éxito alcanzado por el nuevo género.

Semejantes características en vano las buscaría ese lector de época en los textos propiamente literarios de la antigüedad grecolatina. En cierto modo, es el propio estilo *elevado* entonces en boga lo que lo impide. La *Iliada* y la *Odisea*, por ejemplo, tienen páginas magníficas, pero su expresividad resulta dis-

tante, remota no sólo en el tiempo. Tal vez sea la lírica y no la épica, y más concretamente en Safo, con su temática tan poco convencional, la que mejor escapa a esa sensación de lejanía. Por otra parte, para Sócrates y en general para todo filósofo, la literatura era por definición una mentira cuya finalidad, mediante la difusión oral (el texto escrito se consideraba útil tan sólo para guardar los contenidos), era entretener; una opinión muy acorde, aunque desde otro punto de vista, con la de los consumidores de *bestsellers* de hoy en día. De ahí que la literatura de los filósofos, que busca la verdad, no la mentira, nos resulte en cierto modo mucho más próxima. Sobre todo como sucede en los *Diálogos* platónicos, y más concretamente en el *Banquete*, cuando el lector se encuentra prácticamente ante un relato propio de una novela.

Cuando Sócrates hubo dicho esto, me contó Aristodemo que los demás le elogiaron, pero que Aristófanes intentó decir algo, puesto que Sócrates al hablar le había mencionado a propósito de su discurso. Mas de pronto la puerta del patio fue golpeada y se produjo un gran ruido como de participantes en una fiesta, y se oyó el sonido de una flautista. Entonces Agatón dijo:

—Esclavos, id a ver y si es alguno de nuestros conocidos, hacédle pasar; pero si no, decid que no estamos bebiendo, sino que estamos durmiendo ya.

No mucho después se oyó en el patio la voz de Alcibiades, fuertemente borracho, preguntando a grandes gritos dónde estaba Agatón y pidiendo que le llevaran junto a él. Le condujeron entonces hasta ellos, así como a la flautista que le sostenía y a algunos otros de sus acompañantes, pero él se detuvo en la puerta, coronado con una tupida corona de hiedra y violetas y con muchas cintas sobre la cabeza, y dijo:

—Salud, caballeros. ¿Acogéis como compañero de bebida a un hombre que está totalmente borracho, o deberíamos marcharnos tan pronto como hayamos coronado a Agatón, que es a lo que hemos venido? Ayer, en efecto, no me fue posible venir, pero ahora vengo con estas cintas sobre la cabeza, para de mi cabeza coronar la cabeza del hombre más sabio y más bello, si se me permite hablar así. ¿Os burláis de mí porque estoy borracho? Pues aunque os riáis, yo sé bien que digo la verdad. Pero decidme enseguida: ¿entro en los términos acordados o no?, ¿beberéis conmigo o no?

Todos lo aclamaron y lo invitaron a entrar y tomar asiento. Entonces Agatón lo llamó y él entró conducido por sus acompañantes, desatándose al mismo tiempo las cintas para coronar a Agatón, al tenerlas delante de los ojos, no vio a Sócrates y se sentó junto a Agatón, en medio de éste y Sócrates, que le hizo sitio en cuanto lo vio. Una vez sentado, abrazó a Agatón y lo coronó.¹

En la literatura latina sucede algo parecido. Los fragmentos que nos ha dejado Petronio de su *Satiricón* son un buen ejemplo de lo que entonces se entendía por novela, un género que refleja la realidad cotidiana y que está escrito no en lenguaje elevado sino medio y hasta vulgar. Con todo, y por más que el banquete de Trimalción sea un antecedente de los que organizaba Gatsby, la novela del mundo romano queda muy lejos de la idea que nosotros tenemos del género.

Ya no pude tomar un bocado más, sino que, volviéndome hacia aquel hombre para conocer todos los detalles posibles, extendí ampliamente mi interrogatorio, empezando por preguntar quién era aquella mujer que iba y venía por todas partes. «Es —me dice— la mujer de Trimalción, se llama Fortunata y cuenta su dinero midiéndolo a celmines. Y hace poco, muy poco, ¿quién era? ¡Perdóneme tu Genio tutelar! No hubieras aceptado de su mano un pedazo de pan. Y ahora, sin saber ni por qué, se ha visto transportada al cielo y es el brazo derecho de Trimalción. En una palabra, si en pleno mediodía ella le dijera que es de noche, él quedaría convencido de ello. Él, personalmente, no sabe lo que tiene, por ser tan acaudalado. Pero esa alimaña está en todo, hasta en lo que menos te figuras. Es abstemia, sobria y persona de buen consejo: ya lo ves, es oro puro, por ese lado. Pero

por otra parte es una mala lengua, una urraca entre surco y surco. Cuando ama, sabe amar; pero cuando no ama, no ama. En cuanto a Trimalción, tiene posesiones cuya extensión sólo está al alcance del vuelo del gavilán, y además, dinero y más dinero. En la celda de su portero hay acumulada más plata que la equivalente a cualquier otro patrimonio en su totalidad. En cuanto a sus esclavos, ¡huy, huy, huy!, no creo que ni el diez por ciento conozcan a su amo. Y, para abreviar, a él no le importaría enterrar bajo una mata de ruda a cualquiera de esos infelices.»²

En cierto modo, resulta inevitable sentir más próximos textos que no son propiamente literarios sino, por ejemplo, de carácter histórico. Algo similar podría decirse de textos griegos como la *Anábasis* o las *Guerras del Peloponeso*. Pero los ejemplos del mundo romano, no ya por suceder y asumir al griego sino por su propia amplitud, que los convierte en fundamento y paradigma de Europa, son ya parte de nuestro propio pasado. Por otra parte, el estilo que distingue a un historiador de otro es no menos relevante que el que entre nosotros singulariza a un determinado novelista. Comparemos, por ejemplo, un fragmento de los *Comentarios a la Guerra Civil*, de Julio César, con otro de los *Anales*, de Tácito. Veamos a Julio César:

Atemorizado Varrón por estos hechos, como, volviendo atrás en su camino, hubiese hecho anunciar que se dirigiría a Itálica, fue hecho sabedor por los suyos de que se le habían cerrado las puertas. Entonces, por fin, atajado por todas partes, envía a decir a César que está dispuesto a entregar la legión a quien él ordene. Aquél despacha hacia él a Sexto César, con orden de que se la entregue. Una vez entregada la legión, Varrón se dirige a Córdoba a presencia de César; rendidas ante él con lealtad las cuentas públicas, le entrega cuanto dinero tiene en su poder y le informa de todo el trigo y naves que tiene en distintos lugares.

César, en un discurso pronunciado en Córdoba, da las gracias a todos los estamentos: a los ciudadanos romanos, por el empeño puesto en haber la plaza en su poder; a los hispanos, por haber desalojado las guarniciones; a los gaditanos, por haber desbaratado los intentos de sus adversarios y reivindicado su propia libertad; a los tribunos y centuriones que habían estado allí de guarnición, por haber robustecido gracias a su valentía la decisión de aquéllos. Las contribuciones que los ciudadanos romanos habían prometido a Varrón, las condona; restituye los bienes a quienes sabía que, por haber hablado con alguna libertad, se les había impuesto aquel castigo. Concedidas recompensas públicas y privadas a algunos, infunde a los demás grandes esperanzas para el futuro y, habiéndose

detenido en Córdoba dos días, parte para Cádiz; el tesoro y los exvotos que habían sido trasladados del santuario de Hércules a una casa particular, ordena devolverlos al templo. Pone al frente de la provincia a Quinto Casio; le asigna cuatro legiones. Él, con las naves de Marco Varrón y las que, por orden de Varrón, los gaditanos habían construido, llega en pocos días a Tarragona. Allí, legaciones de casi toda la provincia citerior aguardaban la llegada de César. Concedidas de la misma forma mercedes públicas y privadas a determinadas ciudades, sale de Tarragona y, por tierra, llega a Narbona, y desde ahí, a Marsella.³

Y ahora a Tácito:

Aun cuando yo estuviera narrando guerras exteriores y muertes sufridas por el estado, al ser tan similares en sus circunstancias, se hubiera apoderado de mí la saciedad, y debería esperarme el tedio de los demás, quienes ya no querrían saber de muertes de ciudadanos, aunque gloriosas, tristes y continuas. Pero es que en estas circunstancias la servil sumisión y la cantidad de sangre desperdiciada en plena paz agobian mi ánimo y lo hacen encogerse de tristeza. A quienes lleguen a conocer todo esto no pediré, a modo de defensa, sino que me permitan no odiar a quienes perecieron con tanta resignación. Aquella cólera de los dioses

contra Roma no fue, como los desastres militares o la cautividad de ciudades, tal que se pueda dejar de lado una vez contada. Concédase a la posteridad de los hombres ilustres el que, al igual que en sus exequias quedan al margen de la sepultura común, así en la narración de sus momentos supremos reciban y tengan un recuerdo individual.⁴

César nos cuenta un episodio de la guerra al que tuvo que hacer frente en la Hispania citerior, un amago de traición felizmente conjurado. Tácito nos habla de hechos muy anteriores a su propio nacimiento y advierte que le producen tal congoja que le resulta difícil hacerlo. Una contraposición estilística similar a la existente, por ejemplo, entre el *behaviorismo* de los primeros relatos de Hemingway y las barrocas evocaciones faulknerianas del pasado. Un paralelismo, en el caso de Tácito, que no hace sino acentuarse en su evocación de los enfrentamientos bélicos en Germania.

Como ya vimos, la difusión de la Biblia tuvo características muy distintas a las de la literatura del mundo clásico, ya que, según ésta iba perdiendo su público, los textos bíblicos fueron convirtiéndose en el relato más difundido y conocido de toda Europa. Una difusión, fundamentalmente oral, que se produjo a partir de las prédicas religiosas y de las enseñanzas que a causa de tales prédicas recibía el niño en el seno de la familia; en este sentido, algo estre-

chamente vinculado a su visión del mundo. Está claro, por otra parte, que un conjunto de fieles adoc-trinados conforme a las enseñanzas de los textos sa-grados no constituye un público propiamente dicho. El público sólo hará su aparición cuando, en torno al Renacimiento, la Biblia empiece a difundirse en forma de libro y a ser traducida a las diversas lenguas europeas; cuando se convierta en algo susceptible de ser leído en privado, al margen de misas, sermones y ceremonias religiosas. Unas circunstancias que no hacen sino facilitar el protagonismo del lector en la interpretación del texto, de aceptar o poner en duda su carácter sagrado, la autoridad y hasta la verosimi-litud de sus contenidos. Las reformas y contrarrefor-mas propias de esa época son la mejor expresión de la nueva realidad creada. Sin olvidar que, en virtud de la educación recibida, la visión del mundo del ciudadano seguirá estrechamente vinculada al esque-ma conceptual de los textos bíblicos.

Una realidad a la que no escapa la creación lite-raria, pues el influjo del Libro por antonomasia sobre el escritor en ciernes de la época es evidente. Un in-flujo no directo sino indirecto, inconsciente, integra-do ya en su ADN, que lleva a ese escritor en ciernes a partir de esquemas y planteamientos que él creará del todo originales en la medida en que no guardan relación alguna con los contenidos del Libro. Dentro de ese influjo indirecto cabe incluso distinguir dos variantes, según nuestro autor se halle más próximo

al espíritu bien del Antiguo Testamento, bien del Nuevo. Una cuestión, en lo fundamental, de planteamiento narrativo. Y es que los modelos que ofrece el Antiguo –al que por razones prácticas llamaremos la Biblia– son, desde el punto de vista del texto, claramente distintos de los que ofrece el Nuevo, al que por dichas razones prácticas llamaremos los Evangelios. Se trata de diferencias que afectan tanto al contenido del relato como al estilo y al tono del mismo.

Los diversos libros que integran la Biblia, empezando por el Génesis, tienen un carácter eminentemente mítico y lejano a modo de un fresco perdido casi en las alturas. Literariamente, no alcanzan la perfección formal de las epopeyas de Homero o de Virgilio, pero su vigor expresivo y su absolutismo conceptual hacen de ellos obras de calidad literaria en modo alguno inferior, y de carácter no menos singular. Y resulta curioso observar que el dios creador que se nos presenta se muestra con frecuencia no mucho más omnipotente que los dioses olímpicos ni más ejemplar en su conducta, frecuentemente caprichosa y arbitraria.

Al cabo de días, al tiempo de la siega, fue Sansón a visitar a su mujer, llevando un cabrito, y dijo: «Quiero entrar a mi mujer en su cámara.» Pero el padre le negó la entrada, diciendo: «Yo creía que la habías aborrecido enteramente, y se la he entregado a tu compañero. Su hermana menor es más

hermosa todavía que ella. Tómala por mujer en lugar suyo.» Sansón le dijo: «Ahora, ya sin culpa de mi parte contra los filisteos, podré hacerles daño.»

Se fue, y apresando trescientas zorras y teas, ató a las zorras dos a dos, cola con cola, poniendo entre ambas colas las teas. Encendió luego las teas y soltó a las zorras en las mieses de los filisteos, abrasando los montones de gavillas, los trigos todavía en pie y hasta los olivares. Los filisteos se preguntaban: «¿Quién ha hecho esto?» Y se les dijo: «Ha sido Sansón, el yerno del timneo, porque éste le ha quitado su mujer y se la ha dado a un compañero suyo.» Los filisteos subieron y la quemaron a ella y a la casa de su padre. Sansón les dijo: «¿Esto habéis hecho? Pues yo no pararé hasta vengarme de vosotros.» Y les tundió ancas y muslos haciendo en ellos un gran destrozo, y se bajó luego a la caverna del roquedo de Etam. Subieron entonces los filisteos y acamparon en Judá, extendiéndose por Leji. Los de Judá les preguntaron: «¿Por qué habéis subido contra nosotros?» Ellos respondieron: «Hemos venido a atar a Sansón para tratarle como él nos ha tratado a nosotros.» Bajaron, pues, tres mil hombres de Judá a la caverna del roquedo de Etam y dijeron a Sansón: «¿No sabes que los filisteos nos dominan? ¿Por qué nos has hecho esto?» Él les respondió: «He hecho con ellos como ellos han hecho conmigo.» Ellos repusieron: «Hemos bajado

para atarte y entregarte atado en manos de los filisteos.» Sansón respondió: «Jurad que no vais a matarme.» Ellos le dijeron: «No; solamente atarte para entregarte a los filisteos, pero no te mataremos.» Y atándole con dos cuerdas nuevas, le hicieron subir al roquedo. Llegados a Leji, los filisteos le salieron al encuentro lanzando gritos de júbilo. Apoderose entonces de él el espíritu de Yavé, y las cuerdas que a los brazos tenía fueron como hilos de lino quemados por el fuego; las ligaduras cayeron de sus manos, y viendo cerca una quijada de asno fresca, la tomó y derrotó con ella a mil hombres.

Y dijo Sansón:

«Con una quijada de asno los he aporreado bien; con una quijada de asno he matado a mil hombres.»

Y, dicho esto, tiró la quijada y llamó a aquel lugar Ramat Leji. Devorado por la sed, clamó a Yavé diciendo: «Eres tú el que por la mano de tu siervo ha hecho esta gran liberación; ¿voy a caer ahora muerto de sed en las manos de los incircuncisos?» Y abrió Yavé el pilón que hay en Leji y brotó de él el agua. Bebió, se recobró y vivió, y la llamó por eso la fuente de En Hacore, que es la que hay todavía en Leji. Sansón juzgó a Israel, en tiempo de los filisteos, durante veinte años.⁵

Previamente a los hechos aquí reseñados, Jehová había castigado a los judíos sometiéndolos a los filis-

teos, pero reservándose, eso sí, a Sansón a modo de arma secreta: un hombre que miente, maltrata y mata sin problema. Una historia equiparable –por poner un ejemplo– a la de Jonás, quien, si bien desobedece inicialmente a Jehová, tras su estancia de tres días en el vientre de la ballena a modo de castigo, acepta, escarmentado, predicar en Nínive, logrando así el arrepentimiento de sus habitantes y su renuncia a llevar una vida licenciosa, por lo que el perdón divino libraré a la ciudad de su destrucción.

Llegó por segunda vez la palabra a Jonás, diciendo: «Levántate y ve a Nínive, la ciudad grande, y pregona en ella lo que yo te diré.» Levantose Jonás y fue a Nínive, según la orden de Yavé. Era Nínive una ciudad grande sobremanera, de tres días de andadura. Comenzó Jonás a penetrar en la ciudad camino de un día, y pregonaba diciendo: «De aquí a cuarenta días, Nínive será destruida.»

Las gentes de Nínive creyeron a Dios y pregonaron ayuno y se vistieron de saco desde el más grande al más pequeño. Llegó la noticia al rey de Nínive y, levantándose de su trono, se desnudó de sus vestiduras, se vistió de saco y se sentó sobre el polvo, e hizo pregonar en Nínive una orden del rey y de sus príncipes diciendo: «Hombres y animales, bueyes y ovejas, no probarán bocado, no comerán nada ni beberán agua. Cúbranse de saco hombres y animales y clamen a Dios fuertemente, y con-

viértase cada uno de su mal camino y de la violencia de sus manos. ¡Quién sabe si se apiadará Dios y se volverá del furor de su ira y no pereceremos!»

Vio Dios lo que hicieron, convirtiéndose de su mal camino y, arrepintiéndose del mal que les dijo había de hacerles, no lo hizo.⁶

Lo que hace de los Evangelios un texto más cargado de vida que los pertenecientes al Antiguo Testamento es en parte consecuencia de la exposición, adecuadamente articulada, de los tres años de vida pública de Jesucristo, un tipo de relato de mejor asimilación que los escuetos y con frecuencia incoherentes resúmenes que en las historias bíblicas sirven para poner al lector al corriente del argumento propiamente dicho. Pero la clave de que el relato evangélico nos resulte mucho más próximo reside en el comportamiento humano de sus protagonistas por una parte y en el tono cotidiano con que se nos describen sus respectivos quehaceres por otra. Lejos de las reacciones frecuentemente despóticas de Jehová, el Jesucristo de los Evangelios parece dudar en ocasiones de su condición divina y no sin angustia se resigna al doloroso vía crucis que le aguarda. Experiencia en verdad impropia de un dios omnipotente. Aquí, hasta los milagros reseñados suelen ser de carácter práctico, la solución de un concreto problema personal, feliz prodigio sin relación alguna con los arrebatos y aniquilaciones que tanto se prodigan en

las páginas de la Biblia. El milagro evangélico más bien hace pensar en las maravillosas transformaciones y sorprendentes golpes de efecto de un mago o prestidigitador.

El Niño crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él. Sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando era ya de doce años, al subir sus padres, según el rito festivo, y volverse ellos, acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo echasen de ver. Pensando que estaba en la caravana, anduvieron camino de un día. Buscáronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Al cabo de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas.

Cuando sus padres le vieron, quedaron sorprendidos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote. Y Él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón. Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres.⁷

La sorpresa de sus padres ante la precocidad de Jesús cuando niño, se convierte ya en confianza ilimitada en el episodio de las bodas de Caná, escenario del primer milagro de su vida pública.

Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. No había vino, porque el vino de la boda se había acabado. En esto dijo la madre de Jesús a éste: No tienen vino. Díjole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? No es aún llegada mi hora. Dijo la madre a los servidores: Haced lo que Él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. Díjoles Jesús: Llenad las tinajas de agua. Las llenaron hasta el borde, y Él les dijo: Sacad ahora y llevadlo al maestre sala. Se lo llevaron, y luego que el maestre sala probó el agua convertida en vino —él no sabía de dónde venía, pero lo sabían los servidores, que habían sacado el agua—, llamó al novio y le dijo: Todos sirven primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el peor; pero tú has guardado hasta ahora el vino mejor. Éste fue el primer milagro que hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos.⁸

Sus milagros más trascendentales suscitan escepticismo y hasta incredulidad. ¿Cómo puede morir un dios? ¿Cómo puede resucitar un muerto? La propia doctrina predicada suscita en ocasiones no ya incredulidad sino rechazo. Así, la parábola del mayordomo infiel, un sirviente que, tras robar a su señor, beneficia a sus deudores para asegurar su propio futuro, es finalmente premiado por el amo por su astucia. Una recompensa que, si en el texto no acaba de ser comprendida por sus oyentes –fariseos y no fariseos–, tampoco habrá de serlo en el futuro por algunos lectores del libro.

Decía a los discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, el cual fue acusado de disiparle la hacienda. Llamole y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Da cuenta de su administración, porque ya no podrás seguir de mayordomo. Y se dijo para sí el mayordomo: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la mayordomía? Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que he de hacer para que, cuando me destituya de la mayordomía, me reciban en sus casas. Llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Él dijo: Cien batos de aceite. Y le dijo: Toma tu caución, siéntate al instante y escríbeme ochenta. El amo alabó al mayordomo infiel por haber obrado sagazmente, pues los hijos de este siglo son más avisados entre sus con-

géneros que los hijos de la luz. Y yo os digo: Con las riquezas injustas, haceos amigos, para que, cuando éstas falten, os reciban en los eternos tabernáculos. El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho. Si vosotros, pues, no sois fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas? Y si en lo ajeno no sois fieles, ¿quién os dará lo vuestro? Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se allegará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Oían estas cosas los fariseos, que son avaros, y se mofaban de Él. Y les dijo: Vosotros pretendéis pasar por justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es para los hombres estimable, es abominable ante Dios.⁹

Esta capacidad que tiene un texto literario de afectar al lector, sea por la emoción suscitada, sea por la interiorización del contenido evocado, no parecía plantearse como objetivo en la antigüedad grecolatina. El estilo elevado creaba ya en sí mismo una distancia respecto al lector de un determinado relato cuyo contenido, por otra parte, estaba formado —según Sócrates— por una sucesión de mentiras. El estímulo intelectual y emocional no eran patrimonio de obras que, por su carácter narrativo, pudieran consi-

derarse precursoras de la novela. Y en lo que se refiere al teatro de la época, el carácter revulsivo asociado a la tragedia guarda más relación con el de un espectáculo o ceremonia ritual que con un relato de carácter literario.

Hubo sin embargo un pensador de cuyo nombre, Longino, estamos tan poco seguros como de que sea el verdadero autor de la obra que se le atribuye, y no un simple copista, que describió ya entonces el efecto que sobre el lector debe o debiera causar la novela. En *De lo sublime*, nos habla de una interiorización del texto asociada a la lectura, susceptible de transformar profundamente al que lo ha leído.

Ni que decir tiene que esa capacidad de transformación producida por la lectura no es exclusiva de la novela; tradicionalmente, más bien ha sido relacionada con la poesía. Pero tal capacidad de transformación suele cambiar en el curso del tiempo y de acuerdo con la evolución de la sociedad en que se produce. Obras del mundo clásico que afectaron intensamente al público de la época no tienen por qué incidir del mismo modo sobre el público actual. Excepcionalmente hay obras, o aspectos o fragmentos de algunas obras, que mantienen toda su carga emotiva a través de los siglos, lo que indica que su autor es particularmente grande. Desplazamientos que tanto como a una obra concreta pueden afectar a un género considerado en su conjunto. Si en el Renacimiento, pongamos por caso, tal capacidad emotiva parecía

más propia de la poesía, de ahí en adelante la misma evolución tanto de la poesía como de la novela han desplazado el epicentro del fenómeno, de forma que a lo largo del último siglo y medio cabe citar, a modo de ejemplo, tanto determinado poema o versos sueltos como determinada novela.

Dice Longino:

Ahora, al escribirte a ti, queridísimo, con tu conocimiento de todos los estudios liberales, casi me siento también dispensado de explicar con detalle que lo sublime es como una elevación y una excelencia en el lenguaje, y que los grandes poetas y prosistas, de esta forma y no de otra, alcanzaron los más altos honores y vistieron su fama con la inmortalidad. Pues el lenguaje sublime conduce a los que lo escuchan, no a la persuasión, sino al éxtasis. Ya que en todas partes lo maravilloso, que va acompañado de asombro, es siempre superior a la persuasión y a lo que sólo es agradable. Pero si la acción de persuadir depende la mayoría de las veces de nosotros, las cualidades de lo sublime, sin embargo, proporcionan un poder y una fuerza invencibles al discurso, dominan por entero al oyente. La experiencia en la invención, la habilidad en el orden y en la disposición del material no se hacen patentes ni por uno ni por dos pasajes, sino que las vemos emerger con esfuerzo del tejido total del discurso. Lo sublime, usado en el momento

oportuno, pulveriza como el rayo todas las cosas y muestra en un abrir y cerrar de ojos y en su totalidad los poderes del orador.¹⁰

Y aun:

Son, pues, cinco las fuentes, como uno las podría llamar, más productivas de la grandeza de estilo. Como base común a estas cinco formas se halla el poder de la expresión, sin el que no son absolutamente nada. La primera y más importante es el talento para concebir grandes pensamientos, como lo hemos definido en nuestro trabajo sobre Jenofonte. La segunda es la pasión vehemente y entusiasta. Pero estos dos elementos de lo sublime son, en la mayoría de los casos, disposiciones innatas; las restantes, por el contrario, son productos del arte: cierta clase de formación de figuras (éstas son de dos clases, figuras de pensamiento y figuras de dicción), y junto a éstas, la noble expresión, a la que pertenecen la elección de palabras y la dicción metafórica y artística. La quinta causa de la grandeza de estilo y que encierra a todas las anteriores es la composición digna y elevada.¹¹

Lo llamativo en el caso de Longino es que, sin ser judío ni cristiano, supo apreciar estas cualidades en la Biblia, ya en el siglo I. Dice al respecto: «Un efecto similar de expresividad fue conseguido por el

legislador de los judíos, que no era un hombre común, pues comprendió y supo expresar debidamente el poder de la divinidad, cuando al principio de sus leyes escribía: *Dios dijo: ¡Hágase la luz! Y la luz se hizo.*»

También resulta insólito que este griego del siglo I destaque con tanta nitidez que el estilo elevado no garantiza nada. «Por esa misma razón –dice– se ha de poner gran atención a los pasajes de estilo elevado en poesía y en prosa, no vaya a ser que sean sólo aparentemente grandiosos, y a eso se añade una casual ornamentación, pero se muestran, al ser examinados con detenimiento, como vacíos, más dignos de desprecio que de admiración.» Y concluye: «Pues en realidad es grande sólo aquello que proporcione material para nuevas reflexiones, y hace difícil, más aún, imposible, toda oposición, y su recuerdo es duradero e indeleble.»

Juicios que Longino ilustra con excelentes ejemplos, tanto positivos como negativos, de autores por suerte en buena parte asequibles a nosotros hoy en día. Lo que no podía saber él, de quien tan poco se conoce, era que estaba anticipando planteamientos que, en algunos casos, no serían reformulados hasta bien entrado el siglo XX por autores como Paul Valéry, Gertrude Stein o T. S. Eliot.